

Mi credo universitario

Rugarcía Torres, Armando

1991

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4288>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

MI CREDO UNIVERSITARIO *

ARMANDO RUGARCÍA TORRES **

Introducción

Hoy dos eventos nos tienen reunidos en esta histórica ciudad de Puebla: la bendición de este hermoso campus que nace del corazón poblano y el cambio de Rector de este plantel del Sistema de la Universidad Iberoamericana (UIA).

Quisiera, como en las remotas catacumbas, confesar ante ustedes, pero no mis culpas (pues no acabaría), sino mi credo *universitario*. El momento parece pertinente.

Algunas cosas se han ido filtrando en los quince años de mi formación en escuelas jesuitas y después en los casi veinte años de trabajar en la UIA, en diferentes ambientes académico-administrativos.

Quiero compartir con ustedes algunas intuiciones de mi alma universitaria, que he ido percibiendo como el fenómeno del limpiador de parabrisas de un carro, el cual se mueve lentamente para desalojar la lluvia por unos instantes en los que logra pasar la luz o la claridad para volverse luego luego a obscurecer por los embates de la lluvia pesada.

Sólo siete creencias universitarias voy a tratar de develar ante ustedes, algunas otras las dejo para nueva ocasión, y varias más están contenidas en las que voy a exponer en forma breve.

* Discurso del autor por su nombramiento como Rector de la Universidad Iberoamericana-Golfo Centro y en ocasión de la bendición del nuevo campus de ésta.

** Rector de la Universidad Iberoamericana-Golfo Centro; verano de 1991.

Creencias Universitarias

Creo en la *Universidad*, pero no en esa que se maneja como un Hércules social venciendo leones, hidras o leguas, limpiando establos, capturando toros o jabalíes, quitando a las aves el pico, las alas y el bronce o consiguiendo cinturones, sino en aquella que se piensa como una institución que debe dedicarse fundamentalmente a *formar* al hombre, o en términos más cercanos, a formar hombres y mujeres para los demás.

Esta propuesta del Propósito General de los Jesuitas, Peter Hans Kolvenbach, viene a redimir los horizontes del quehacer universitario contemporáneo. El paradigma de la búsqueda del conocimiento se ha hecho viejo en las universidades, se ha gastado por el embate de diversas interpretaciones que se le da a La Verdad Nos Hará Libres, o cualquier otro eslogan universitario.

La Universidad no es un hospital, ni una parroquia, ni una industria, ni un partido político, ni siquiera una empresa. En la Universidad se debe fundamentalmente preparar gente para estas y otras instituciones. Concedo que en el mundo universitario de hoy, la Universidad se ha tenido que dedicar a otras cosas, pero si bien esto es algo necesario para conseguir sus fines, es un mero accidente.

La institución universitaria está hecha bolas. Una universidad no puede verse como cualquier cosa, es solamente un organismo que en lo fundamental contribuye a formar hombres y mujeres que puedan servir en una comunidad cada vez más amplia.

Creo en la *educación*, pero no en aquella que se rige por una despótica memoria, sino en la que se refiere a estimular en *otros* el desarrollo de sus potenciales humanos, en especial, necesitamos trabajar aquel dinamismo a buscar y asirse a un bien humano. Esto está referido al principal problema del hombre de hoy: La búsqueda de un sentido pleno de la vida, problema derivado de la pérdida de sentido religioso y de la consecuente búsqueda inocente de la autonomía absoluta. Parece ser que el hombre cree que se pertenece y se basta a sí mismo viviendo lo que Juan Pablo II ha llamado un "ateísmo práctico". El hombre de hoy, comenta Giussani, comprende los valores que le vienen de la tradición cristiana, pero no logra creer y esto lo hace terriblemente incompleto. La tristeza por falta de plenitud es precisamente el contenido de las grandes conciencias de hoy. Se trata de un hombre éticamente desesperado. No tiene ley ideal, no tiene una norma que esté dispuesto a seguir, un rumbo seguro. Es como una desesperación ética de la posibi-

lidad de realizar su propia dignidad, de ser leal consigo mismo. No existe horizonte al que podamos sacrificarnos, porque conocemos las mentiras de todos nosotros, nosotros que no sabemos en qué consiste la verdad. En efecto, concluye Giussani, un Dios que no tenga que ver con la vida, agudiza la desesperación ética del hombre, es plomo en su existencia y los dioses a los que aludía Eliot—usura, lujuria y poder—se convierten en activos dominadores del hombre, la pena inevitable del delito, el destino concreto que el hombre no puede evitar cuando abandona el nexo orgánico con quien le constituye creándolo.

Combatir la apariencia de bienes humanos es, por tanto, la principal tarea educativa en la cultura contemporánea. Y para lograr este propósito, es necesario reflexionar seriamente en torno al hombre, sus circunstancias actuales y su destino.

El elemento metodológico que ha mostrado un potencial excelente para la reflexión seria sobre lo que le vale la pena al hombre es el *diálogo*. Hablando con compañeros y profesores llegamos a adquirir un sentido de nuestra relación con el mundo, con los demás y con nosotros mismos. El diálogo propicia que se expresen las conciencias en la búsqueda incesante de sentido. Al ser escuchado y escuchar, el yo se trasciende a sí mismo a la vez que sabe de sí mismo. Expresarnos a través del lenguaje nos permite conocernos como seres sociales, es decir, vinculados al que nos habla y al que nos escucha, en una verdadera convivencia comunitaria en la cual el “nosotros” es un destello de solidaridad humana. Al dialogar, ejercemos nuestra capacidad crítica y asentamos las bases para que se dé el acto humano por excelencia: el acto libre.

En síntesis, podemos decir que la educación dialógica, mediada por la criticidad, capacita al alumno como ser pensante y libre para que afirme sus juicios con fundamento en la realidad y les confiera un significado valoral, o como diría Lonergan, estimula la conversión moral de la persona.

Creo en la *autoridad*, pero no en esa que se embelesa en sí misma como un torbellino excluyente llevándose todo para quien la representa. Creo en la autoridad que es posibilidad de servicio, creo en la autoridad que se entrega en cuerpo y alma al servicio de los demás expresado en planes, estrategias y programas para lograr los propósitos congruentes con los valores institucionales comúnmente aceptados.

Durante los últimos ejercicios de San Ignacio que realicé, me hice una promesa: No aceptar un puesto de poder en mi vida. Si he aceptado esta deferencia para la Rectoría de este plantel, es porque

no la concibo como una función de poder sino, como dije anteriormente: de servicio. En este contexto, el cargo de Rector de un plantel de la UIA tiene para mí un significado peculiar. El poeta Virgilio del siglo anterior a Cristo les decía a los romanos en la Eneida: "Te recuerdo romano, que tu misión es dirigir a los pueblos con autoridad." Pero nuestro Jesús da un giro a la autoridad que dirige y la convierte en autoridad que sirve: "Yo no vine a ser servido sino a servir."

Éste es mi credo en cuanto a la autoridad en la Universidad y lo mismo intento que lo sea en mi familia; si fuese dueño de alguna empresa, la misma actitud trataría de promover.

Creo en el *trabajo en equipo*, pero no en ése en el que unos son parásitos de los otros, como en una carrera de relevos en la que uno "corre sentado" pudiendo hacerlo como se debe, sino en el trabajo que llamaría comunitario, es decir, en aquel en el que un grupo se pone de acuerdo en ciertas metas y ciertas estrategias y luego cada quien a lo suyo con ayuda mutua solidaria y subsidiaria.

No creo en el trabajo en equipo que va buscando intereses personales de algún miembro del equipo, sino en ese que se desprende de un genuino interés por el bien universitario o común. Creo, otra vez, en el trabajo para los demás.

Esta postura de trabajo requiere de la participación universitaria, pero de esa participación que ocurre responsable, crítica, creativa, respetuosa, pero más que nada honesta. Creo como Wittgenstein que "no se puede opinar sobre lo que no se sabe", ni mucho menos forzar opiniones para conseguir bienes personales.

La crítica es el aguijón contra los paradigmas ideológicos, pero debe de complementarse con propuestas renovadoras soportadas por intenciones comunitarias. La crítica arrullada por propuestas pertinentes hace comunidad. La crítica sin propuesta destruye y la propuesta sin crítica previa es generalmente inofensiva o improcedente.

Creo en la *interdisciplina*, pero no en esa que halla consuelo en la perspectiva del trabajo de especialistas aislados y vanidosos, sino en la que se constituye como una plataforma plural para interpretar la realidad y establecer juicios o propuestas por un individuo o grupo de ellos. Los problemas del hombre contemporáneo exigen perspectivas sociológicas, psicológicas, éticas, filosóficas, teológicas y tecnológicas para que sus soluciones no sean estériles.

Nos toca promover la *investigación* de diferentes aspectos de la realidad, seleccionados con un criterio social, bajo el lente de varias áreas del conocimiento. El problema del medio ambiente, el misterio de la muerte, la promoción de la productividad, el tema del aborto,

y tantos otros problemas que angustian al hombre de hoy, tenemos que escudriñarlos en forma crítico-propositiva con la aportación *integrada* de varias disciplinas universitarias.

Desde otro ángulo, es vital para la sobrevivencia humana el formar a nuestros alumnos en forma interdisciplinaria, es decir, con conocimientos básicos de varias disciplinas, y con las habilidades y destrezas intelectuales que le permitan manejarlos en contextos profesionales y sociales siempre nuevos y cada vez más complejos tanto en su amplitud como en su profundidad.

Es más, la situación del hombre contemporáneo descrita por teólogos, sociólogos, filósofos o psicólogos como Frankl, Labake, Habermas, Meneses o el mismo Papa, hacen necesario tramontar la formación profesional amplia e integrarla con una formación humanista. La formación para el quehacer profesional debe estar integrada con aquella que se requiere para ser humano en cada individuo, en cada escolar, en cada universitario; en cada curso, en cada publicación y en cada servicio.

No es ya aceptable el sólo formar profesionales de calidad, sino que debemos promover una mayor conciencia de su papel como miembros de la especie humana, es decir, necesitamos estimular la formación de valores profesionales conectados con valores humanos permanentes y más definitivos para el hombre.

De nada debe valer, por ejemplo, un administrador muy bien preparado y capaz de generar fuertes utilidades a costa de la gente. Debemos aceptar la estrategia de formar hombres y mujeres para los demás como la única viable para formar profesionales que lleguen a ser un fermento eficaz de progreso personal y social en el mundo de hoy.

Creo en la UIA, pero no en esa que se regocija de su prestigio aparente, sino en aquella que se proyecta al futuro reconociendo su pasado. Hoy la misión de la UIA que recoge la tradición y visión jesuita debe entenderse según la frase de Arrupe adoptada por el P. Kolvenbach: "Formar hombres y mujeres para los demás." No dice hijo, madre, hermano o vecino, sino simplemente otro u otros, es decir, alguien diferente a uno mismo. Proponer al otro como horizonte inmediato del quehacer personal, representa la más nítida concreción del amor humano. Una propuesta sin duda temeraria en este mundo asediado por el individualismo.

La síntesis jesuita de la misión universitaria apunta fundamentalmente a la dimensión de los valores del ser humano. Ésta es su virtud pero también su limitación. Creo que el mundo actual requiere también de personas capaces. Vale más a la sociedad un hombre

capaz comprometido con los demás que otro sólo comprometido. Un hombre o una mujer capaz requiere de conceptos culturales y profesionales, así como de los hábitos de pensamiento y actitudes para ponerlos en juego ante los retos de la profesión y la vida. Una mujer u hombre capaz que se conduce buscando el bien común o siendo para los demás, es la levadura eficaz de la transformación del mundo y del hombre moderno. Si se acepta este complemento a la propuesta jesuita y se pretende hacerlo explícito, la misión de la UIA sería: "Formar hombres y mujeres capaces para los demás", o en el lenguaje de Virgilio, propio de las universidades para estos menesteres: "*Homine et Feminae Capaches Alteribus.*"

En su segunda visita a México, el Papa comentó que: "...se descubre la ausencia de válidos proyectos culturales capaces de dar respuesta a las profundas aspiraciones del corazón humano". ¿Qué tipo de hombre debemos formar para llenar esta ausencia? Parece ser que se necesitan personas capaces interesadas por el hombre y con un sentido que los trascienda.

La misión propuesta para la Iberoamericana hoy en México, formar profesionistas, investigadores, maestros y difusores capaces para los demás, es la que creo que mejor corresponde a una universidad inspirada en Cristo. Es la congruencia universitaria con nuestro ser cristiano en una sociedad que se desintegra. El rasgo primordial que llevó, según Toynbee, al derrumbamiento del sistema espartano fue su gran desprecio por la naturaleza humana. Hoy lo que tiene al hombre en el filo del abismo es el desprecio por el otro, consecuencia de su paganismo. Tenemos en la Iberoamericana una propuesta universitaria para llenar el vacío espiritual que tiene confundido al hombre de esta época. Renovemos nuestro compromiso responsable con nuestra tarea universitaria, intentemos recobrar nuestra identidad humana.

Creo por último en los *patronatos* y *colaboradores universitarios*, pero no en esos que apoyan esperando algo a cambio, sino en aquellos, como creo que son los nuestros, que consideran este servicio a la universidad y a la educación en forma limpia y sólo generosa. En aquellos que quieren apoyar la misión de la UIA y no otra cosa. En aquellos miembros que inclusive son capaces de encomendarnos a sus hijos para intentar hacerlos mejores hombres y mujeres para los demás.

A nuestros patronatos y colaboradores: gracias. Son de las pocas personas de esta época que hacen algo por alguien sin un salario. Falta mucho por hacer en lo material y lo humano en la UIA, hagámoslo juntos respetando nuestros ámbitos de gestión.

En su discurso a los rectores de universidades católicas, en junio de 1989, el Papa menciona que la Iglesia y la sociedad necesitan de las universidades católicas. Respondamos a su llamado con entrega y compromiso. No dejemos que la vida se vuelva una serie de ocasiones perdidas, un lamento por lo que no fue y hubiera podido ser, un remordimiento por lo que no se ha hecho y habría podido hacerse.

Conclusión

He tratado con toda honestidad de plantear ante ustedes mis creencias universitarias, siempre dinámicas y enriquecidas con la interacción de muchos universitarios y autores. El momento lo amerita, pues después de su creación y la Reforma Académica de 1973, ésta es la aventura más significativa que ha planteado la UIA: un plantel con un laico a cargo. Me tocó ser uno de ellos, pero bien podría haber sido alguien más. El reto es de dimensiones puntia-gudas que convergen en incertidumbre pero también en fe. Dios sabe por qué estamos donde estamos.

Es tiempo de agradecer y de compromiso, es tiempo de recordar y de soñar y de imaginar y realizar; es tiempo de una mejor educación; es tiempo de la UIA y de Puebla; es tiempo de un nosotros y de los demás.

Durante la época estudiantil en que la vida era lucha (*militia est vita*), la formación jesuita selló en algunos de nosotros la idea de que hay que dar lo mejor de sí mismo en las tareas que nos depare el destino. Ésta es la savia que debe correr por las venas de la gente de la Iberoamericana: alumnos, profesores, empleados, exalumnos, patronos y colaboradores. Ésta debe ser la forma como enfrentemos nuestra empresa común: La renovación, sobre todo espiritual, del hombre, es decir, "*Homine et Feminae Capaches Alteribus.*"

Esta tarea que la Iglesia y la sociedad nos plantea es grave, pues tenemos que demostrar que no es sólo tarea de los jesuitas; de hecho, no lo ha sido desde hace varios años. El mismo P. Kolvenbach reconoce la necesidad de laicos comprometidos en el apostolado educativo de la Compañía de Jesús. Si tenemos fe y voluntad, tendremos capacidad. Nuestro destino universitario reposa en nuestras manos, así nos ha sido asignado.

Espero que pueda llegar a ser un integrante valioso de esta amplia comunidad del Plantel Golfo-Centro de la UIA y que vayamos caminando a la altura de los demás y con los demás planteles del Sistema.

Al estar poniendo en blanco y negro mi conflictuado pensamiento, me vino a la mente el final de la Obertura 1812 de Tchaikovsky: Más que un final, parece lo que todo final, un inicio. Termina la gestión del padre Cacho y empieza la de Rugarcía, terminará Rugarcía y vendrá alguien más. El asunto es que la UIA sigue y seguirá su camino hacia el logro de su utopía: "Formar integralmente hombres y mujeres capaces para los demás." Un proyecto universitario nuestro, muy nuestro, que tenemos que ir consolidando en común.

Este nombramiento ha quedado atado a la bendición de este nuevo *campus* fruto del alma y empuje poblano. Sólo me queda pedir que se amplíe la bendición a todos nosotros para que podamos seguir entregándonos a esta obra educativa de la Compañía de Jesús y que no dejemos que se vacíe nuestro ser cristiano y que sólo queden las palabras.